EL PUENTE DE ICONONZO.

Dejando á nuestra espalda un pequeño y miserable grupo de chozas pajizas, caminábamos una tarde tres compañeros, no bajo el rigor de ese sol de los climas ardientes que postra las fuerzas y rinde el espíritu, sino protegidos por la influencia de ese sol de la luz y de la vida que extendiendo sobre la naturaleza un colorido encantador y gracioso, dota á los séres de una animacion tan pura y gratá, que hace las ideas y la imágen de la muerte del todo agenas al pensamiento del hombre. Así influia por lo ménos sobre mí en aquella vez, apesar de que andábamos por una soledad, cuyo silencio no era interrumpido sino por el graznido que lanzaban en el aire alternativamente dos guacamayas que volaban juntas en la misma direccion; y á ratos tambien por las palabras breves pero joviales que de cuando en cuando articulaba alguno de nosotros. No se oia más ruido; el aire estaba quieto; las pisadas de nuestros caballos sólo sonaban en uno que otro paso pedregoso; y fuera de los tres viageros y de los pájaros que pronto perdimos de vista, el cielo y la tierra parecian inhabitados. La senda que seguíamos iba tortuosa por un terreno irregular y quebradizo, en el que ya se veían enormes piedras cubiertas de lama negra y ya se gozaba la fresca sombra de árboles frondosos ó de arbustos delicados. Poco á poco el bosque iba haciéndose más espeso y la soledad y el silencio tomaban un carácter más grave y profundo, como si alejándonos de la creacion animada, penetrásemos más á cada paso en el dilatado recinto de una creacion vegetal, en que cuanto más nos internábamos, más nuestra vida se vigorizaba y extendia, así como se extiende y vigoriza más la copa de un árbol cuanto más se aleja del suelo en que están sus raices.

De repente se ofreció á nuestro paso un pequeño puente, al mismo nivel del camino, y que sólo se diferenciaba de él en estar cubierto cuidadosamente de arena y piedras menudas, y en que en lugar de los matorrales que habia á uno y otro lado de la sen-

da y que lo invadian algunos pasos, el puente tenia dos balaustradas de madera ordinaria y sin labrar, semejantes á las que forman esos atajadizos que sirven en el campo para guardar los ganados durante la noche, aunque tan débiles que la sola inclinacion del cuerpo puede echarlos á tierra. Este puente de dos ó tres varas de ancho y diez ó doce de largo, no es al verlo de léjos, sino una leve interrupcion del camino que sigue lo mismo que ántes. La naturaleza nada ofrece allí á primera vista interesante ni pintoresco, admirable ni sublime, terrible ni pavoroso: no se ve siquiera el curso de las aguas ó la fértil vega que de ordinario halagan la vista del que pasa un puente léjos de las ciudades. Este más bien parece hecho para atravesar un foso seco, que para pasar el Sumapaz; pero al acercarse á una ú otra barandilla de las que tiene á los lados, se ofrecen á un tiempo el embeleso del interes, la belleza del pincel, el asombro de la admiracion, el pasmo de la sublimidad, la consternacion del espanto y el sobresalto del pavor.

La naturaleza, al formar este puente, quiso disimular la grandeza y la arrogancia de las dimensiones de una arquitectura suntuosa y soberbia que desdeña con dignidad y orgullo la inútil admiracion de los humanos. Este puede pasarse sin percibir que hay allí tanto que cautive la atencion del observador, tanto que haga sentir al poeta, tanto que pueda embelesar al curioso, pues para todos se encuentra aquí espectáculo y belleza. Nosotros, á quienes la fama conducia á tal sitio, nos desmontamos al ver el puente, dejamos los caballos y corrimos ansiosos á llenar el objeto de nuestro paseo. Nuestra primera mirada se dirigió al lado izquierdo, donde vimos entónces una honda abertura amurallada por dos rocas formidables, tajadas perpendicularmente, cual si en un tiempo remoto é ignorado se hubiera tratado de separar allí los dos hemisferios de la tierra. Apoyándonos luégo con zozobra en la baranda que quedaba del mismo lado, descendieron nuestras miradas al abismo que estaba abierto bajo nuestras plantas, y en cuyo fondo se veía allá á lo léjos deslizarse hácia el occidente, un arroyo cuya anchura parecia desde arriba de una vara. Era el Sumapaz, rio de exótica poesía, de tétrica existencia y de misterioso cáuce que consagrado á genios avernosos, nunca la planta del hombre podrá profanar pisando ese lecho inmune é inviolable cuyas arenas, si las tiene, jamas dorará el sol ni herirán la vista de los mortales.

Tres cosas se reunen allí para formar un cuadro digno y fecundo: la originalidad, la grandeza y el misterio.

La originalidad se nota no sólo en el capricho con que la

naturaleza formó para el viagero un paso cómodo, cuya construccion dejó en otras partes á la industria del hombre; sino tambien en la novedad de esas pinceladas tan finas y elegantes con que adornados aquellos muros, presentan á una distancia á que la mano no puede llegar, la ilusion de un cuadro que no se sabe si es original ó la copia de otra naturaleza de órden desconocido y superior: la elevacion de las rocas inmóviles y pesadas que cercan esa caverna sombría, engrandecen el alma ante las ideas sublimes que inspira siempre la magnificencia con que un átomo de la creacion en cada uno de sus puntos, causa y confunde la mente del filósofo; y la presencia de ese abismo, contemplado con aquel deleite que lleva consigo la presencia del riesgo, cuando se ve en seguridad, cubre no obstante de terror al que pasea sus ojos sobre aquellas bóvedas oscuras donde parecen escondidos los arcanos pavorosos del misterio.

La poesía del Sumapaz es un contraste con toda poesía. Donde quiera los arroyos tienen una márgen; donde quiera los arroyos murmuran; este es un arroyo sin márgen ni murmullo. Donde quiera los arroyos fertilizan la campiña; éste no hace sino lamer en vano la dura y estéril base de las rocas colosales que lo aprisionan; donde quiera el arbusto cubre con su sombra la plácida corriente: á este sólo lo cubre la tiniebla que causan las enormes murallas que se elevan á su lado, desdeñosas como el poderoso, sérias como el verdugo, pero respetables como los siglos de su incontrastable existencia. Las ondas del Sumapaz no son aquellas aguas cristalinas, donde calma su sed el caminante fatigado, donde se baña el pajarillo, donde las gotas sutiles saltan á posarse, imitando el rocío, sobre la fresca rosa ó el morado lirio, donde se mira gozosa la beldad campestre y retratan su verde ramaje los sáuces y los alisos: son las negras ondas de la Estígia, cuyo aspecto lúgubre turba la alegría del viagero; sobre las que vela respetuosa el ave, sacerdotiza de ese templo siniestro; donde no se mira otra imágen que la de los conserges feroces que guardan sus Náyades proscritas y que como estátuas de la tiranía se elevan con frente erguida y gestc arrogante señalando con el dedo la víctima que pisan. A la vista del Sumapaz bajo el puente de Pandi, es imposible no concebir las ideas del Averno y de Pluton, de las Parcas y las furias. El corazon se cubre allí de una bruma letal, como quien colocado en esa barca creada por la Providencia para suspender en ella al caminante por un momento sobre la honda gruta del pavor, siente bajo sus piés la atmósfera del abismo y de la muerte. Nada hay aquí risueño; nada que no sea serio y grave como aquella rea-

lidad del Aqueronte. Parece verse allí un rio criminal y maldecido, condenado por el Omnipotente á un destierro solitario é inmutable: se le compadece, se le ve sufrir y suspirar; desenvuelve en el espíritu el modo de ser que conciben los entes compasivos á la vista de la desgracia, y el espectador se siente tentado á exclamar con la voz ó con el pensamiento solo: ¡Pobre y desventurado rio, imágen del ostracismo, templo helado de muda soledad! Si el llanto de la humanidad formase siquiera un arroyo en el valle de las lágrimas, él escogeria tus aguas para que mezclado con ellas, lo llevases por aquí á la region del olvido, al rescate de la eternidad. Emblema de un infeliz á quien se le ha prohibido quejarse, expresa su pena con su grave movimiento, cual levantando con lentitud el melancólico sus ojos a los cielos, expresa con su silenciosa inaccion el dolor que lo agovia.

No pudimos prescindir, como no podrá prescindir nadie en semejante sitio, de la puerilidad de arrojar algunos guijarros de diversas magnitudes, y el sonido que causaba el golpe que jamas supimos donde daba, llegaba á nuestro oido despues de un largo rato, como la sorda y lejana queja de una naturaleza enojada contra un niño que violaba atrevido el respeto que creia imponérsele; ó como la séria reconvencion que aquella especie de crueldad arrancaba al infeliz confinado.

Luégo bajamos hácia el lado del poniente, por un desfiladero inmediato, difícil y peligroso. Al llegar al banco de tierra que debia recibirnos, se presentó repentinamente á mis ojos la roca opuesta del lado de abajo: viéndola tan enfrente de mí cual si me fuese á hablar con una voz de trueno, retrocedí súbitamente con un movimiento involuntario que no fuí dueño de reprimir. No podia familiarizarme con tan enorme masa, que me inspiraba una impresion semejante á la que uno cree que sentiria cuando se imagina ver un planeta á diez pasos de distancia. Sinembargo, poseido como estaba de una impresion tan enérgica, en aquel momento, sólo consideraba que ese objeto tan grande y espantoso que ofrecia la tierra, era con todo inferior á algo que hay todavía mucho más grande y espantoso en el corazon del hombre; era inferior á la desesperacion, pues que ésta habia bastado á precipitar por allí doce años ántes á un mísero desgraciado. Me era preciso no pensar en esto para dar un paso adelante é inclinarme un poco con el objeto de ver los estribos de ese puente misterioso: inútil esfuerzo! nada podia ver, y me entretenia en discurrir, sin ánimo de ponerlos en planta, los diversos medios que podian emplearse y se dice se han empleado para descender al fondo, rodeados todos, si no de un riesgo inminente, sí de un

terror eficaz para detener un arrojo, que no alcanzaria á justificar ni la satisfaccion, acaso demasiado costosa, de ver cuanto allí se encierra; ni la gloria de lanzarse con impávida curiosidad para mecerse al favor de una débil cuerda sobre esa boca abierta de la muerte, ó pasear serenamente ese vestíbulo material de la eternidad, decorado con todo lo que puede hacer su entrada más lóbrega y triste.

Por último, arrastrándonos por debajo de una piedra grande como cuanto es vecino de este paraje de grandeza, y la cual dejaba una abertura de media vara en un tránsito de cuatro ó seis pasos, salimos al lado de arriba, donde continuó la misma escena de naturaleza y admiracion, de hombres y de rocas, de atonía y de pensamientos. El sudor nos bañaba en abundancia, resultado del esfuerzo y del calor. Descansamos largo rato en medio de aquella naturaleza recien conocida, y satisfechos de nuestro paseo, regresamos cuando ya el sol se aproximaba al crepúsculo para que tiñese el campo por donde habiamos venido, de un color nuevo más en armonía con las sombras que creaba nuestra imaginacion en el teatro que todavía traia delante de sí, y que durante algun tiempo debia ser objeto de nuestras contemplaciones.

JOSE M. ANGEL GAITAN.
(Fragmento de "El Doctor Témis")

MI PRIMER CABALLO.

A mi amigo Luis F. Uribe.

Se aproximaba la época de los certámenes en la escuela del barrio de las Niéves, en la cual estaba matriculado yo, pero á la que muy poco concurrí; me parecia más fácil correr al rio Fucha ó al del Arzobispo, que ir á que me mortificara el maestro Duque. Aquel maestro tan largo y tan delgado me producia crispatura nerviosa, sobre todo cuando se me acercaba con la férula en la mano. Pero, en fin, yo de todos modos debia concurrir á los certámenes, y por consiguiente habrian de hacerme vestido nuevo.